

crítica es desprendernos de nosotros mismos, obligarnos á tomar en consideración el medio en que vivimos, y enseñarnos á desentrañar las cosas al través de las apariencias pasajeras con que nuestro carácter y nuestro siglo no dejan jamás de revestirlas. Cada cual las mira con anteojos de diverso alcance y color, y nadie puede alcanzar la verdad sino teniendo en cuenta la forma y el tinte que la estructura de sus lentes impone á los objetos percibidos. Hasta aquí hemos disputado, diciendo unos que las cosas son verdes, otros que son amarillas, otros que rojas, y acusando cada cual al vecino de ver mal y proceder de mala fe. Ahora resulta que aprendemos al cabo la óptica moral; descubrimos que el color no está en los objetos, sino en nosotros mismos; perdonamos á nuestros vecinos el ver de otra manera que nosotros; reconocemos que deben ver rojo lo que nos parece azul, verde lo que nos parece amarillo; hasta podemos definir la especie de anteojos que producen el amarillo y la especie de anteojos que producen el verde, adivinar sus efectos según su naturaleza, predecir á la gente el tinte con que le aparecerá el objeto que va á presentárseles, construir de antemano el sistema de todo espíritu, y quizá emanciparnos un día de todo sistema. «Como poeta, decía Goethe, soy politeísta; como naturalista, panteísta; como ser moral, deísta; y, para expresar mi sentir, necesito todas esas formas.» En efecto: todos esos anteojos son buenos, porque todos nos muestran algún aspecto nuevo de las cosas. Lo importante es tener, no uno, sino varios; usar cada uno en el momento conveniente; hacer abstracción de su color privativo; saber que detrás de esos millares de tintas móviles y poéticas, la óptica no comprueba más que cambios regidos por una ley.

§ 4.— SU CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA

I

«La historia universal (1), dice Carlyle, la historia de lo que el hombre ha hecho en el mundo, es en el fondo la historia de los grandes hombres que han trabajado aquí abajo. Esos grandes hombres fueron los guías de los pueblos, los modeladores, los modelos, y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha llegado á hacer ó alcanzar la masa de los hombres considerados en conjunto. Todas las cosas que vemos cumplidas en el mundo son propiamente el resultado material exterior, la realización práctica y la encarnación de los pensamientos que habitaron en los grandes hombres enviados al mundo. El alma de la historia entera del mundo sería la historia de ellos (2). Sean lo que fueren—poetas, reformadores, escritores, hombres de acción, reveladores,—á todos les da un carácter místico. «El héroe es un mensajero enviado del fondo del misterioso Infinito con noticias para nosotros... Procede de la sustancia interior de las cosas. Allí vive y debe vivir en comunión cotidiana... Viene del corazón del mundo, de la realidad primordial de las cosas; la inspiración del Omnipotente le da

(1) *Sobre los héroes*, t. 1, pág. 71.

(2) *Ibd.*, pág. 1.

la inteligencia, y lo que pronuncia es realmente una especie de revelación (1).» En vano alteran la pureza de su visión original la ignorancia de su siglo y sus propias imperfecciones; él alcanza siempre alguna verdad inmutable y vivificante; por esa verdad es escuchado, y por ella es poderoso. Lo que descubre es inmortal y eficaz (2). «Las obras de un hombre, así las sepultaseis en montañas de guano, bajo las obscenas inmundicias de todos los buhos anticuarios, no perecen, no pueden perecer. La luz eterna que había en un hombre y en su vida se agrega á las eternidades, subsiste por siempre como una nueva y divina porción de la suma de las cosas (3).» Por eso el culto de los héroes es á estas horas y á todas horas el poder vivificante de la vida humana; sobre él se funda la religión; en él se apoya toda sociedad. «¿Por qué es propiamente la lealtad, soplo vital de las sociedades, sino una emanación del culto de los héroes, una admiración sumisa hacia los que son verdaderamente grandes?» Ese sentimiento es el fondo mismo del hombre. Subsiste en el día, aun en esta edad de nivelación y de destrucción. «En esa indestructibilidad del culto del heroísmo veo el eterno cimiento de roca bajo el cual no pueden caer las confusas ruinas de los derrumbamientos revolucionarios.»

(1) *Sobre los héroes*, pág. 71.

(2) *Discursos y cartas de Cromwell*, t. II, pág. 668.

(3) *Ibid.*, último capítulo.

II

Hay aquí una teoría alemana, aunque transformada, precisada y condensada á la manera inglesa. Los alemanes decían que toda nación, todo período, toda civilización tiene su *idea*, es decir, su carácter principal, del cual derivan todos los otros; de modo que la filosofía, la religión, las artes y las costumbres, todas las partes del pensamiento y de la acción, pueden deducirse de alguna cualidad original y fundamental de donde todo arranca y adonde todo conduce. Donde Hegel ponía una *idea*, Carlyle pone un sentimiento heroico. Esto es más palpable y más moral. Para acabar de salir de lo vago, considera ese sentimiento en un héroe. El necesita dar á las abstracciones cuerpo y alma; no se encuentra bien en el dominio de las concepciones puras, y quiere tocar un ser real.

Pero ese ser, tal y como él le concibe, es cifra y compendio del resto. Porque á sus ojos, el héroe contiene y representa la civilización en que está comprendido: descubre, proclama ó practica una concepción original, y su siglo le sigue. Así, el conocimiento de un sentimiento heroico da el conocimiento de una edad entera. Con eso Carlyle sale de las biografías, y entra en los grandes puntos de vista de sus maestros. Ha comprendido, como ellos, que una civilización, por vasta que sea y por dispersa que se presente al través del tiempo y del espacio, forma un todo indivisible. Junta en un heroísmo los fragmentos dispersos que Hegel juntaba

por una ley. Deriva de un sentimiento común los acontecimientos que los alemanes deducían de una definición común. Ha comprendido las conexiones profundas y lejanas de las cosas, las que ligan un gran hombre á su tiempo, las que anudan las obras del pensamiento pleno á los tartamudeos del pensamiento naciente, las que encadenan las estudiadas invenciones de las constituciones modernas á los furores desordenados de la barbarie primitiva (1). «Aquellos silenciosos reyes del mar... que desafiaban al salvaje Océano con sus monstruos, y á todos los hombres y á todas las cosas, han sido los antecesores de nuestros Blakes y de nuestros Nelsons. Hrolf ó Rollo, duque de Normandía, tiene su parte á estas horas en el gobierno de Inglaterra (2).» «Si no hubiese habido salvajes Santos Domingos ni solitarios de la Tebaida, no hubiese existido un armonioso Dante. El rudo esfuerzo desplegado en Escandinavia y en otras partes, desde Odino hasta Walter Raleigh, desde Ulfila hasta Cranmer, hizo capaz de hablar á Shákspere. ¿Qué es un poeta, con todo su encanto, sino producto y acabamiento definitivo de la Reforma ó de la Profecía, con todas sus asperezas? Más aún: el poeta perfecto... es un síntoma de que su época misma acaba de llegar á la perfección y á la plenitud, y antes de mucho se necesitará una nueva época y nuevos reformadores. Porque cada edad tiene su teorema ó representación espiritual del universo»; sus grandes obras poéticas ó prácticas no hacen más que promulgar ó aplicar esa idea matriz; el historiador la utiliza para discernir el sentimiento primitivo que engendra tales obras y formar la concepción general que las enlaza.

(1) *Sobre los héroes*, pág. 184.

(2) *Ibid.*, páginas 51 y 18.

III

De ahí una nueva manera de escribir la historia. Puesto que el sentimiento heroico es la causa de todo lo demás, á él debe atender el historiador. Puesto que es la fuente de la civilización, el motor de las revoluciones, el maestro y regenerador de la vida humana, en él hay que observar la civilización, las revoluciones y la vida humana. Puesto que es el resorte de todo movimiento, por él se comprenderá todo movimiento. Dueños son los metafísicos de alinear deducciones y fórmulas; dueños los políticos de exponer situaciones y constituciones. El hombre no es un ser inerte, modelado por una constitución, ni un ser muerto, expresado por una fórmula; es un alma activa y viva, capaz de obrar, de descubrir, de crear, de sacrificarse, y, ante todo, de acometer audaces empresas; la verdadera historia es la epopeya del heroísmo. A mi juicio, esta idea es una viva luz. Porque los hombres no han hecho grandes cosas sin grandes sentimientos. El primer y soberano motor de una revolución extraordinaria es un sentimiento extraordinario. En ese punto se ha visto aparecer y henchirse una pasión exaltada y omnipotente, que ha roto los antiguos diques y lanzado la corriente de las cosas por un nuevo cauce. Todo parte de ahí, y eso es lo que hay que ver. Dejad á un lado las fórmulas metafísicas y las consideraciones políticas, y mirad el estado interior de cada espíritu; suspended el relato desnudo,

olvidad las explicaciones abstractas, y observad las almas apasionadas. Una revolución no es más que el nacimiento de un gran sentimiento. Qué sentimiento es ese; cómo se enlaza con los demás; qué grado alcanza; qué origen y qué consecuencias tiene; cómo transforma la imaginación, el entendimiento, las inclinaciones ordinarias; qué pasiones le alimentan; qué proporción de locura y de razón contiene: he ahí las cuestiones capitales. Para hacer la historia del budismo, hay que mostrar la tranquila desesperación de los ascetas que, amortiguados por el pensamiento del vacío infinito y por la perspectiva del final aniquilamiento, alcanzaban en su quietud monótona el sentimiento de la fraternidad universal. Para hacer la historia del cristianismo, hay que mostrar el alma de un San Juan ó de un San Pablo, la renovación súbita de la conciencia, la fe en las cosas invisibles, la transformación del alma penetrada por la presencia de un Dios paternal, la irrupción de ternura, de generosidad, de abnegación, de confianza y de esperanza que vino á libertar á los infelices sepultados bajo la tiranía y la decadencia romana. Explicar una revolución es hacer psicología; el análisis de los críticos y la adivinación los artistas son los únicos instrumentos que pueden conseguirlo; si quisiésemos poseerla precisa y profunda, habría que pedirselo á los que, por profesión ó por genio, son conocedores del alma: á Shakespeare, á Saint-Simon, á Balzac, á Stendhal. Por eso puede pedirse á veces á Carlyle. Y hay una historia que se le puede pedir mejor que á ningún otro: la de la Revolución que tuvo por origen la conciencia, que puso á Dios en los consejos de Estado, que impuso el deber estricto, que provocó el heroísmo austero. El mejor historiador del puritanismo es un puritano.

IV

Esa historia de Cromwell, su obra maestra, no es más que una colección de cartas y de discursos, comentados y unidos por un relato continuo. La impresión que produce es extraordinaria. Al lado de esa compilación palidecen las graves historias constitucionales. Ha querido hacer comprender un alma, el alma de Cromwell, el más grande de los puritanos, su jefe, su síntesis, su héroe y modelo. La narración parece de un testigo ocular. Un «covenantario» que hubiese reunido cartas y trozos de diario, añadiendo día por día reflexiones, interpretaciones, notas y anécdotas, no hubiera escrito otro libro. Por fin, hemos frente á frente de Cromwell. Tenemos sus palabras; podemos oír su acento; notamos las circunstancias que hacen nacer cada una de sus acciones; le vemos en consejo dentro de su tienda, con el paisaje, con su fisonomía, con su traje; no falta un pormenor, ni aun el más minucioso. Y la sinceridad es tan grande como la simpatía; el biógrafo confiesa lo que ignora, lo que no puede apoyar en documentos, lo que permanece en la incertidumbre; aunque poeta y sectario, es completamente leal. Con él restringimos y extendemos á la vez nuestras conjeturas, y reconocemos á cada paso, al través de nuestras afirmaciones y de nuestras reservas, que ponemos firmemente la planta sobre el suelo de la verdad. Yo quisiera que toda historia fuese, como ésta,

una colección escogida de textos acompañados de un comentario; por una historia así daría todas las bellas narraciones descoloridas de Robertson y de Hume. Leyendo ésta, puedo aquilatar el juicio del autor; no pienso ya según él, sino por mí mismo: el historiador no se interpone entre mí y las cosas, veo un hecho y no el relato de un hecho; la envoltura oratoria y personal con que la narración cubre la verdad ha desaparecido; puedo tocar la verdad misma. Y ese Cromwell, con sus puritanos, sale reformado y renovado de esta prueba. Adivinábamos ya perfectamente que no era un simple ambicioso, un hipócrita; pero le tomábamos por un fanático disputador y odioso. Considerábamos aquellos puritanos como locos tristes, cerebros estrechos y nimios. Salgamos de nuestras ideas francesas y modernas, y entremos en aquellas almas; veremos entonces otra cosa que una enfermedad sombría. Allí existe un gran sentimiento. ¿Soy yo un hombre justo? Y si Dios, que es la perfecta justicia, me juzgase en este momento, ¿qué fallo pronunciaría acerca de mí? Tal es la idea original que engendró al puritano, y que hizo, mediante él, la revolución de Inglaterra. «Para ellos, la conciencia de la distinción existente entre el bien y el mal había llenado todo el tiempo y el espacio, encarnándose y expresándose en un cielo y un infierno.» Les impresionó la idea del deber; se examinaron á esa luz sin tregua ni piedad; concibieron el modelo sublime de la virtud infalible y acabada; se poseyeron de él; ahogaron en ese pensamiento absorbente todas las preocupaciones mundanas y todas las inclinaciones sensuales; tomaron horror aun á las faltas imperceptibles que un hombre honrado se perdona; exigieron de sí mismos la perfección absoluta y continua, y se lanzaron á la vida con la

firme resolución de sufrir y hacer todo lo factible antes de desviarse un paso de ella. Os burláis de una revolución hecha á propósito de sobrepellices y de casullas: bajo esas disputas de hábitos existía el sentimiento de lo divino. Aquella pobre gente, aquellos tenderos y colonos, creían con toda el alma en un Dios sublime y terrible, y no era una pequeñez para ellos la manera de adorarle (1). «Suponed que se trata de un interés vital é infinito para vosotros, y que vuestra alma entera, muda por el exceso de su emoción, no acierta á expresarla de ningún modo, y prefiere el silencio á toda expresión posible. ¿Qué diríais de un hombre que se adelantase para expresarla en vuestro lugar por medio de una mascarada y á la manera de un tapicero decorador? Si ese hombre está á bien con su persona, debe quitarse de en medio cuanto antes. Habéis perdido á vuestro único hijo; permaneceréis mudos, anonadados, sin lágrimas siquiera; y un importuno, con toda clase de importunidades, ¡os ofrece celebrar por él juegos funerarios á la usanza de los antiguos griegos (2)!» He ahí lo que promovió la revolución, y no la contribución de los buques ni ningún vejamen político. «Podéis quitarme la bolsa, pero no aniquilar mi alma. Mi alma es de Dios y mía (3).» Ese mismo sentimiento, después de hacerlos rebeldes, los hizo vencedores. No se comprendía cómo pudo subsistir la disciplina en un ejército donde un cabo inspirado reprendía á un coronel tibio. Parecía extraño que generales que buscaban llorando al Señor hubiesen aprendido en la Biblia la administración y la

(1) *Sobre los héroes*, pág. 323.

(2) *Ibid.*, pág. 323.

(3) *Ibid.*, pág. 330.

estrategia. Asombraba que unos insensatos hubiesen sido hombres de negocios. Es que no eran insensatos, sino hombres de negocios; toda la diferencia que los separaba de los hombres prácticos que conocemos es que tenían conciencia: esa conciencia era su llama; el misticismo y las quimeras no eran más que el humo. Buscaban lo justo y lo verdadero, y sus largas oraciones, sus predicaciones nasales, sus citas bíblicas, sus lágrimas, sus angustias, no hacen más que acentuar la sinceridad y el fervor con que lo buscaban. Leían su deber en sí mismos; la Biblia no servía más que para ayudarlos á ese fin. En caso preciso, la violentaban, cuando querían comprobar con textos las sugerencias de su corazón. Ese sentimiento del deber fué el que los unió, los inspiró y los sostuvo; el que engendró su disciplina, su valor y su audacia; el que elevó hasta el antiguo heroísmo á Hutchinson, á Milton y á Cromwell; el que provocó todas las acciones decisivas, todas las resoluciones grandiosas, todos los éxitos extraordinarios, la declaración de la guerra, el juicio del rey, el expurgo del Parlamento, la humillación de Europa, el triunfo del protestantismo, la dominación de los mares. Esos hombres son los verdaderos héroes de Inglaterra; ponen de relieve sus caracteres originales y más nobles: la piedad práctica, el gobierno de la conciencia, la voluntad viril, la energía indomable. Han fundado á Inglaterra, en medio de la corrupción de los Estuardos y de la relajación de las costumbres modernas, mediante el ejercicio del deber, la práctica de la justicia, la tenacidad del trabajo, la reivindicación del derecho, la resistencia á la opresión, la conquista de la libertad, la represión del vicio. Han fundado á Escocia; han fundado los Estados Unidos; fundan hoy, mediante sus descendientes,

la Australia y colonizan el mundo. Carlyle es tan hermano suyo, que disculpa ó admira sus excesos—la ejecución del rey, los atentados contra el Parlamento, su intolerancia, su inquisición, el despotismo de Cromwell, la teocracia de Knox.—Nos los impone por modelos, y según ellos, y sólo según ellos, juzga el pasado y el presente.

V

Por eso no ha visto más que lo malo de la Revolución francesa. La juzga tan injustamente como á Voltaire, y por las mismas razones. No entiende mejor nuestra manera de obrar que nuestra manera de pensar. Busca en ella el espíritu puritano, y, como no le encuentra, nos condena. En su sentir, lo único que puede reformar una sociedad dañada es la idea del deber, el espíritu religioso, el gobierno de sí mismo, la autoridad de la conciencia austera; y en la sociedad francesa, no había nada de eso (1). La filosofía que produjo y dirigió la revolución era una filosofía puramente destructora, que proclamaba por todo Evangelio «que las mentiras sociales deben caer, y que en las materias espirituales suprasensibles no hay nada digno de crédito». La teoría de los derechos del hombre, tomada de Rousseau, no era más que «un juego lógico, una pedantería, tan oportuna sobre poco más ó menos

(1) *Revolución francesa*, t. I, páginas. 295, 20 y 77.

como una teoría de los verbos irregulares». Las costumbres en boga eran el epicureísmo de Faublas. La moral en boga era la promesa de la felicidad universal. Incredulidad, charlatanería huera, sensualismo: he ahí los resortes de esa reforma. Se desencadenaron los instintos y se derribaron las barreras. Se substituyó la autoridad corrompida con la anarquía desenfrenada. ¿A qué podía conducir una *jacquerie* de aldeanos embrutecidos, desatados por razonadores ateos? «Consumada la destrucción, quedaron los cinco sentidos no saciados, y el sexto insaciable, la vanidad; apareció toda la naturaleza demoniaca del hombre», y, con ella, el canibalismo (1).—¡Pero añadid á lo malo lo bueno, y notad las virtudes al lado de los vicios! Aquellos escépticos creían en la verdad probada, y no querían más autoridad que la suya. Aquellos lógicos no fundaban la sociedad más que en la justicia, y arriesgaban su vida antes que renunciar á un teorema demostrado. Aquellos epicúreos abrazaban en su simpatía á la humanidad entera. Aquellas furias, aquellos obreros, aquellos pobres diablos sin pan ni ropa, combatían en la frontera por intereses humanitarios y principios abstractos. Aquí, como entre vosotros, han abundado la generosidad y el entusiasmo; reconocedlos bajo forma distinta de la vuestra. Aquellos hombres fueron devotos de la verdad abstracta, como vuestros puritanos de la verdad divina; siguieron la filosofía, como vuestros puritanos la religión; tuvieron por objeto la salvación universal, como vuestros puritanos la salvación personal. Combatieron el mal en la sociedad, como vuestros puritanos en el alma. Fueron generosos, como vuestros puritanos fueron virtuosos. Tuvie-

(1) *Revolución francesa*, t. 1, *passim*.

ron, como ellos, un heroísmo, pero simpático, sociable, dado á la propaganda, y que ha reformado á Europa, mientras que el vuestro no servía más que para vosotros.

VI

Ese extremado puritanismo, que subleva á Carlyle contra la Revolución francesa, le subleva contra la Inglaterra moderna. «Hemos olvidado á Dios (1), dice; hemos cerrado tranquilamente los ojos á la sustancia eterna de las cosas, y los hemos abierto á la apariencia y á la ficción. Creemos tranquilamente que este universo es en el fondo un gran acaso ininteligible; por fuera, la cosa es bastante clara: es un aprisco y una casa de corrección muy grande, con inmensas mesas de cocina y de comedor, donde es sabio el que puede encontrar un sitio. Toda la verdad de ese universo es incierta. Lo único visible para el hombre práctico es la pérdida y la ganancia; el *pudding* y su elogio. ¡Para nosotros no hay ya Dios! Las leyes de Dios se han transformado en principios de *la mayor felicidad posible*; la cúpula celeste no se alza ante nosotros más que para proporcionarnos un reloj astronómico, un objeto á los telescopios de Herschel, una materia de fórmulas, un pretexto de sentimentalismos. He ahí la parte verdaderamente apestada, el centro de la gangrena

(1) *Pasado y presente*, pág. 185.
Historia.